



Homilía en las exequias del presbítero José Jiménez Sanz Basílica de los Milagros (Ágreda) - 21 de abril de 2019

Queridos hermanos de D. José, queridos sobrinos y demás familiares: recibid mis más sinceras condolencias por el fallecimiento de vuestro hermano y tío.

Queridos hermanos sacerdotes, hermanos todos:

Ayer por la mañana, de forma serena, después de dejar un mensaje de esperanza para los cristianos, el Señor llamaba junto a sí a un presbítero hermano nuestro, D. José, después de un tiempo de enfermedad. Ahora el tiempo de la prueba ha pasado para él dando lugar a la eternidad de la recompensa.

D. José había nacido el 11 de julio de 1938 en Castilruiz. Estudió en nuestro Seminario y en la Universidad de Comillas, donde también fue ordenado. Comenzó su tarea ministerial en Fuentes de Magaña y anejos; fue vicario parroquial de esta parroquia de Ágreda y encargado de Magaña, Pobar, Villarraso y Valverde de Ágreda; posteriormente fue nombrado párroco de Ólvega y anejos; durante un breve tiempo fue vicerrector y formador del Seminario diocesano; entre 1988 y 2014 fue párroco de Covalada; fue también durante años arcipreste de Pinares y miembro de diversos consejos diocesanos.

D. José fue un hombre bueno y justo. Y todos vosotros sabéis que, en la Biblia, el hombre justo no era precisamente el que no cometía pecado, sino el ser humano que se ponía de cara a Dios, que imploraba su misericordia y se dejaba invadir por su amor. La vida de los justos, de los que están y quieren ponerse de cara a Dios, y de los que ayudan a poner a otros de cara a Dios, está en manos de Dios. Y ha sido un buen sacerdote. Los que estáis aquí, muchos sacerdotes y fieles también, habéis conocido a D. José. Y habéis conocido su bondad, pero también su carácter firme, su preocupación y curiosidad por las cosas de Dios y de la Iglesia. Ha vivido su sacerdocio en comunión con la Iglesia universal expresada en su filial obediencia al Obispo y a sus hermanos curas con los que tanto convivió desde el Arciprestazgo.

El Señor ha querido llamarlo a su presencia pocas horas antes de que comenzáramos a celebrar la Pascua de Resurrección. La Resurrección del Señor es, en realidad, el sello y la garantía del mensaje y persona de Jesús. Si Cristo no hubiera resucitado el cristianismo sería una quimera o un auténtico fraude. La consecuencia más importante de la resurrección del Señor es nuestra propia resurrección. Sobre el cristiano, como sobre Jesús, la muerte no tiene la última palabra; el que vive en Cristo no muere para quedar muerto; muere para resucitar a una vida nueva y eterna. Nuestra muerte ha sido vencida y redimida. Los creyentes en Cristo estamos llamados al gozo de la resurrección

a través de la muerte. Somos ciudadanos del Cielo, al que estamos llamados y cuyas puertas nos ha abierto Dios por la resurrección de Jesucristo.

En el Triduo hemos vivido de cerca la muerte de Jesús. Y en su muerte hacemos memoria de todas nuestras muertes: de la muerte de D. José, de las muertes que vivimos día a día en nuestras familias, en nuestros amigos, en el mundo... Pero también son muertes las enfermedades y los egoísmos, los rencores y los odios, que nos comen por dentro y van erosionando nuestra vitalidad. Son muchas las muertes que nos acechan y, a veces, podemos llegar a pensar que no hay salida.

Pero muy de mañana unas mujeres fueron al sepulcro donde habían enterrado a Jesús y vieron quitada la losa del sepulcro. Corrieron a avisar a los apóstoles. Llegaron Pedro y Juan, y la fe vivida en comunidad les hizo ver más de lo que veían sus ojos. Donde algunos sólo habrían visto un sepulcro vacío, ellos hallaron una realidad mucho más profunda: Jesús había resucitado. Y resucitando, todo lo que habían vivido y aprendido con Jesús cobraba un sentido nuevo. La resurrección de Jesús es el triunfo de la vida, la gran noticia para toda la humanidad.

La Pascua nos invita a comprender a los que creemos en Jesús que no cabe en nuestras vidas lugar para la desesperación. Por más duros que sean nuestros problemas debemos mantener firme la esperanza. Y, aunque nos llegue la muerte, sabemos que ni siquiera ésta es definitiva porque Jesús ha resucitado. La resurrección de Jesús nos llama a trabajar por crear esperanza a nuestro alrededor, y por regalarla a todos como se nos regala la luz del cirio pascual que ilumina nuestra celebración. Caminamos hacia el Cielo, algo que da sentido al dolor, al sufrimiento, a nuestras luchas, a la enfermedad, al enigma misterioso y doloroso de la muerte.

Esta tarde ponemos en manos del Señor la vida de José, sacerdote. Y le damos gracias por haberle tenido como miembro de este presbiterio diocesano de Osma-Soria y como un presbítero que fue de verdad hermano de sus hermanos. Por eso, hoy acogemos con inmensa alegría la Palabra del Señor que nos recuerda que los que viven en el amor del Señor siguen a su lado.

A la bendita Virgen de los Ulagares, de la que fue muy devoto, encomendamos a nuestro hermano; que Ella lo lleve de la mano hasta su Hijo Jesús. Descanse en paz.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria